Corsario Rojo, nro. 1, primavera austral 2022, sección Mar de los Sargazos

FEDERICO MARE

CENTAUROMAQUIA
REFLEXIONES SOBRE EL ENSAYO Y LA ENSAYÍSTICA*

Las palabras no viven fuera de nosotros. Nosotros somos su mundo y ellas el nuestro. Para apresar el lenguaje no tenemos más remedio que emplearlo. Las redes de pescar palabras están hechas de palabras.

Octavio Paz[1]

La ensayística, que supo tener sus tiempos de esplendor, es hoy un género literario cada vez menos cultivado y más infravalorado, casi en vías de extinción (permítaseme esta hipérbole, como un llamado de alerta). Por un lado, quienes escriben con inquietudes artísticas, se decantan por la poesía, el cuento, la novela, el teatro y la crónica, desentendiéndose de la argumentación analítica o reflexiva más compleja y profunda, aquello que en la antigua Grecia se llamaba *dialéctica*. Por otro lado, quienes escriben con inquietudes intelectuales, optan por formatos académicos convencionales como la monografía, el *paper*, la ponencia y la reseña, textos sin vuelo estético ni retórico y, por lo general, sin afán de intervención pública polémica en los temas candentes de la sociedad y la política, con niveles de fragmentación y descriptivismo cada vez más extremos. Nada ilustra mejor la crisis actual del ensayo que su ausencia como rubro en casi todos los certámenes literarios.

Este escrito nada a contracorriente de esta tendencia, sin vergüenza ni culpa, y acaso con una pizca de provocación y orgullo. ¿Mérito o defecto? El veredicto queda en manos del público lector, como debe ser. En lo que a mí concierne, me limito a constatar que este texto, como la mayoría de los que publicamos en *Kalewche* y *Corsario Rojo*, se inscriben, para bien o para mal, en el género del *ensayo*, en el sentido estricto y primigenio de la palabra (un sentido que muchas personas parecen haber olvidado, o considerar un tecnicismo superfluo y anacrónico).

En estas páginas, intentaré dar cuenta de un modo peculiar de concebir y practicar el ensayismo, donde el oficio literario, la curiosidad intelectual, las humanidades, el racionalismo crítico, la *parresía* urgente de izquierda y la vieja tradición renacentista e ilustrada de la polimatía se dan la mano, en una búsqueda que tiene como horizonte tres ideales muy antiguos, pero aún llenos de potencia y fecundidad: la verdad, la belleza y la justicia. Es el camino que he elegido transitar como ensayista, y que me ha llevado a cofundar *Kalewche* y *Corsario Rojo* con un grupo de camaradas que, por su propia cuenta, habían arribado a ideas y

* El presente artículo es una versión corregida, actualizada, anotada y muy aumentada del texto "Acerca del ensayo y la ensayística", originalmente publicado en mi libro *Ensayos misceláneos*. Mendoza, El Amante Universal/ECM, 2021, pp. 159-178. Incluye también fragmentos del prólogo a dicha obra. Una obra que ha sido reseñada por Ariel Petruccelli en "Un polímata libertario". *La Izquierda Diario*, 6 de diciembre de 2021. Disponible en https://www.laizquierdadiario.com/Un-polimata-libertario.

[1] Octavio Paz, *El arco y la lira*. México, FCE, 1956, p. 31.

afanes parecidos a los míos. No faltaría a la verdad, ni incurriría en una exageración, si dijera que ambos proyectos tienen, entre sus designios principales, revalorizar el género ensayístico.

Nada de lo dicho hasta aquí podría sorprender o descolocar a nuestro público lector. En la tesis XVIII de nuestro manifiesto, que vio la luz con la edición cero de *Kalewche*, el 3 de septiembre de este año, ya habíamos anticipado:

> Como humanistas de izquierda que somos, nos oponemos a que la escritura quede reducida a una experiencia puramente intelectual, sin conciencia estética. Proponemos restituirle a la producción de textos científicos, filosóficos y políticos el componente artístico, propiamente literario, que el convencionalismo académico le ha escamoteado en nombre de una seriedad mal entendida. Nos rebelamos contra la dictadura gris de la monografía, del *paper*, de la ponencia. No le tenemos miedo al uso del yo, a las adjetivaciones, a los juicios de valor explícitos, a las metáforas. ¿Subjetivismo radical? Nada de eso. También nos preocupa la objetividad, o como se la quiera llamar, si esta palabra da escozor. No ignoramos que la objetividad absoluta es inalcanzable. Pero representa un horizonte al que podemos y debemos encaminarnos. Por lo demás, objetividad no es lo mismo que imparcialidad. Aspirar a la imparcialidad es una quimera cientificista obsoleta, una rémora del positivismo decimonónico. Otra cosa es el rigor intelectual, la solidez en los razonamientos y los datos. Pero esto nada tiene que ver con algo tan pueril como el ocultamiento de nuestra subjetividad –o el disimulo de nuestra parcialidad– en la redacción, a través de ciertas fórmulas de estilo o trucos del lenguaje.
>
> Una intelectualidad que no esté exiliada de la república de las letras: eso es lo que proponemos. Se está escribiendo muy mal, y cada vez se escribe peor. Hay que religar la dialéctica a la retórica. La argumentación racional y la persuasión literaria pueden y deben ir de mano, potenciándose mutuamente. La verdad no alcanza. Se necesita también belleza. Textos que sean legibles y disfrutables, menos abstrusos y más amenos. La academia ha hecho de la oscuridad hermenéutica un valor de excelencia intelectual, un ídolo tribal. Eso es ridículo: no toda idea expresada con palabras difíciles es genial, ni no toda idea dicha meridianamente carece de mérito. Resulta urgente recuperar la claridad expositiva, contra la moda posmoderna del hermetismo como fetiche de prestigio.
>
> Hay que volver al ensayo, ese género literario *híbrido* que amalgama la vocación intelectual con la sensibilidad estética. Sus años de esplendor han pasado. Hoy está en franco declive. […] El *homo academicus* contemporáneo se ha decantado totalmente por la endogamia entre pares de la profesión, con su chata producción monográfica: *papers* para revistas indexadas hiper-especializadas, cada vez más minimalistas en sus objetos de estudio y más descriptivistas en sus abordajes. La ciencia que, además de acopiar y clasificar datos verificados, buscaba plantear hipótesis, explicar los fenómenos naturales y sociales, compararlos y totalizarlos en grandes síntesis interpretativas, todo ello con ansias de debatir y socializar el conocimiento; esa ciencia de titanes, heroica, ha quedado atrás, al menos en el ámbito de las ciencias sociales. Reina hoy, especialmente dentro de las humanidades, un academicismo obtuso, ramplón, acrítico, burocratizado, despolitizado, sin inquietudes epistemológicas, que ha reducido su profesión a hacer prolijos estados de la cuestión, citar y comentar bibliografía *ad nauseam* sin ningún atisbo de originalidad, y aplicar las normas APA con un celo de estandarización digno de la industria fordista. […] Hemos tocado fondo. La ensayística, la síntesis y la polimatía deben ser rehabilitadas cuanto antes.[2]

Nuestra apología del ensayo no quedó reducida a las líneas que acabo de citar. En la tesis siguiente del "Manifiesto *Kalewche*", la tesis XIX, también habíamos destacado la importancia de la dimensión política, introduciendo el concepto de *ensayística de parresía*:

> Pero la ensayística por la que rompemos lanzas no es solo una experiencia intelectual y literaria. Es también una experiencia política. La dialéctica y la retórica de nuestros ensayos no las concebimos

[2] AA.VV., "Manifiesto *Kalewche*. Un barco fantasma recorre el mundo", tesis XVIII. *Kalewche*, 3 de septiembre de 2022. Disponible en: https://kalewche.com/manifiesto-kalewche-un-barco-fantasma-recorre-el-mundo/

> disociadas del activismo revolucionario y socialista. Con eso no queremos decir que el arte deba ser instrumental, panfletario, un mero medio de propaganda o proselitismo. En absoluto. Defendemos la autonomía de la literatura frente a la política, pero no desde el purismo, el pasatismo, el egoísmo o el nihilismo, sino desde convicciones filosóficas, estéticas, éticas y políticas que reconocen el valor de la libertad y la cultura humanas, y la especificidad del arte como praxis de autorrealización, sin darle la espalda a los compromisos que emanan de la solidaridad social y la lucha colectiva por la utopía.
>
> Salvo honrosas excepciones (siempre las hay), la intelectualidad universitaria rehúye de las intervenciones públicas –divulgativas o polémicas, teóricas o coyunturales– en publicaciones sin indexación como diarios, revistas culturales, órganos militantes y blogs o páginas web de periodismo alternativo. La cosa es más grave: rehúye de tales intervenciones incluso cuando se presenta la oportunidad de hablar sobre aquel nicho temático –cada vez más diminuto– dentro del cual se tiene el privilegio de la *experticia* profesional. La exogamia académica no suma puntaje a la carrera profesional. Al contrario: está mal vista y resta prestigio entre colegas, aunque rara vez se lo explicite. Se presenta así la siguiente paradoja, rayana con la esquizofrenia: académicos/as de izquierda o progresistas que no escatiman fervientes elogios a la excelencia intelectual y literaria de viejas revistas como la *Nueva Gaceta Renana* de Marx, la *Amauta* de Mariátegui o la sartreana *Tiempos Modernos*, y que dedican sus enteras vidas profesionales a investigarlas con la minuciosidad de un entomólogo que hace disecciones en un laboratorio; pero que, sin embargo, olvidan –o no toman conciencia– de que esas publicaciones eran de carácter fuertemente exotérico y político, y que su indexación hoy sería imposible; sin pasárseles jamás por la cabeza la idea de hacer algo semejante a ellas, aquí y ahora.
>
> Preconizamos una ensayística de *parresía*. Una ensayística que asuma la crítica no como un ejercicio meramente erudito y abstracto, esotérico, al interior de la torre de marfil, sino como una praxis desde el llano, situada a la intemperie, asociada al espíritu público, anclada en el compromiso social y político, siguiendo la tradición de Marx, Bakunin, Nietzsche, Trotski, Landauer, Gramsci… Ninguno de ellos hizo carrera en el mundo académico. Si la hubieran hecho, difícilmente nos hubieran dejado un legado intelectual de tanta originalidad y brillantez.
>
> Pero una *parresía* que no renuncie al rigor intelectual, que no le tenga fobia a la ciencia de la lógica ni a los datos cuantitativos. Una ensayística de izquierda que no coquetee con el pensamiento *light* posmoderno, ni con los juegos del lenguaje, ni con la oscuridad filosófica.[3]

Trataré a continuación de desarrollar o profundizar estas ideas del manifiesto, sistematizándolas en cuatro apartados: "El ensayo como género literario", "La ensayística como experiencia intelectual" (que deriva en un "*Excursus* sobre polimatía y miscelánea"), "La ensayística como experiencia estética" y "La ensayística como experiencia política". En un quinto apartado, "Palabras finales", esbozaré una conclusión, forzosamente provisional, porque la temática nunca abandona mi cabeza, en un «eterno retorno» a la luz de una práctica y experiencia en permanente devenir.

No más preámbulos: demos comienzo a este *ensayo sobre el ensayo*. Un intento de bosquejar algo así como una *ensayística de autorreflexión*. Nótese que se dice «intento», y que se usa el verbo «bosquejar». Sirva esta aclaración a modo de *captatio benevolentiae*.

El ensayo como género literario

Empecemos por lo primero: ¿qué es un ensayo? Ante todo, un texto. Una prosa para ser más exactos, lo que implica decir que no se trata de un texto poético. Puede que contenga pasajes de prosa poética, desde luego (especialmente cuando se intercala algún aforismo). No obstante, eso no lo hace un poema.

[3] *Ibid.*, tesis XIX.

Pero, ¿qué tipo de prosa es un ensayo? Un ensayo no es un relato de ficción, como sí lo son la novela y el cuento, o la fábula; ni es una crónica, en ninguna de sus variantes: crónica de viajes, periodística, biográfica, histórica, etc. Tampoco es (a diferencia de una carta, un guión de cine o teatro, o una entrevista) una prosa caracterizada por el diálogo, en el sentido literal –no figurado– de este término.

Si un ensayo no es un texto poético, ni narrativo, ni dialógico, ¿qué es? ¿Una prosa descriptiva tal vez, del mismo género que el retrato y el paisaje? Tampoco. En un ensayo, el elemento descriptivo es nulo o –en el mejor de los casos– muy marginal.

¿Un ensayo es entonces un texto expositivo? Tampoco. Una prosa expositiva es una prosa eminentemente informativa, vale decir, una prosa que se limita a la función práctica de transmitir una serie de datos útiles. Textos expositivos son, por ej., una receta de cocina, un manual de instrucciones, una nota periodística noticiosa, un diccionario, una enciclopedia, un testamento o una reglamentación.

Un ensayo es un texto *argumentativo*, un texto que argumenta. En un ensayo, el autor plantea una tesis, fija una postura o posición sobre un determinado tema o problema, hilvanando en su defensa una serie articulada de razones. Esas razones se llaman *argumentos*. Y dado que la sustancia del ensayo son los argumentos, el ensayo constituye un texto argumentativo.

Sin embargo, no todo texto argumentativo es, estrictamente hablando, un ensayo. Por caso, una monografía científica, un artículo académico, una columna de opinión, un discurso político, si bien poseen un carácter argumentativo, no son ensayos *stricto sensu*.

¿Qué otras cualidades tiene que tener un texto argumentativo para merecer la distinción de ser considerado un ensayo? La impronta *intelectual* no basta. Es condición necesaria, mas no suficiente.

Un ensayo es una prosa de vocación intelectual que, además de un contenido argumentativo, posee cierta *forma*, cierto modo de decir. Esa forma es *estética*. En un ensayo, la tesis y los argumentos no están desnudos, lacónicamente expuestos como en un tratado de anatomía, un informe forense de balística o un *paper* de macroeconomía. Hay un arte literario que los arropa y engalana. El ensayismo, la ensayística, la escritura de ensayos, no se reduce a la *dialéctica*, a la argumentación, a la fundamentación racional. Es también *retórica*. Al ensayista, al escritor de ensayos, no le alcanza solo la verdad. Busca también la *belleza*. Hay solidez de argumentos, solvencia dialéctica, rigor intelectual en su decir, pero también cierta inquietud estética, cierta preocupación estilística, cierto *esmero literario*. Juan Marichal habló de "voluntad de estilo" [4]. Eugenio d'Ors fue más lejos –quizás demasiado– al definir la ensayística como una "poetización del saber"[5]. Al ensayista le importa el *qué* de la escritura, pero también el *cómo*. Demostración y persuasión: ambas cosas por igual. En esta hibridez radica la esencia misma del ensayo. No se equivocó Alfonso Reyes cuando lo llamó "género mixto, centauro de los géneros"[6].

Algo más distingue al ensayo de otras prosas argumentativas: el *sello personal*. El ensayista, a diferencia de –por ej.– un autor de monografías académicas, no esconde su subjetividad; de hecho, *no quiere* esconderla. Al contrario: desea exponerla a sus lectores. Usa con frecuencia la primera persona del singular, lo mismo que las adjetivaciones. Hace juicios de valor expresos y categóricos. Juzga, polemiza. No escatima opiniones, por muy heterodoxas y controversiales que ellas sean.

[4] Juan Marichal, *La voluntad de estilo*. Barcelona, Seix Barral, 1957, *passim*.

[5] Cit. en Humberto Ñaupas Paitán *et al.*, *Metodología de la investigación*. Bogotá, Ed. de la U, p. 372.

[6] Alfonso Reyes, *El deslinde*. México, FCE, 1944, p. 41. Este es el pasaje completo: "De la filosofía se ha dicho que empezó en el poema, llegó al sistema o tratado, y luego ha venido a refugiarse en el ensayo […]. Tal esquema no tiene sentido estrictamente cronológico, sino meramente descriptivo. El ensayo, género mixto, centauro de los géneros, responde a la variedad de la cultura moderna, más múltiple que armónica. Las breves páginas de Alain (*Propos*) o el viejo *Glosario* de Ors tienen a la vez un valor filosófico y de poema en prosa". Reyes veía en la ensayística un ejemplo de –cito sus palabras– «literatura ancilar», una escritura intelectual que se vale «promiscuamente» del arte literario. Cf. *ibid.*, p. 26 *et sq*.

Pero el sello personal del ensayista se manifiesta también en otro aspecto: la *originalidad*. No probablemente en los datos, que muy a menudo los toma de fuentes primarias o de bibliografía académica especializada, sino en la *síntesis, interpretación, reflexión y/o valoración* que hace de ellos. Un ensayista bien puede asumir un rol de divulgador, pero siempre es más que un mero divulgador. Produce un saber, genera conocimiento. No tanto a nivel empírico, sino, más bien, a nivel teórico. La información factual que maneja es, por lo general, prestada. Pero no se limita a reproducirla o compendiarla. Ve en ella una materia prima con la cual poder elaborar sus pensamientos. El ensayista hace un uso inteligente, crítico y creativo de los datos que aportan la ciencia y la comunidad académica. Busca *relaciones insospechadas* entre los mismos, conexiones nunca antes develadas, o no suficientemente exploradas.

Un ensayo, además, es un texto *libre*. Libre tanto en la temática abordada como en su construcción. No sigue lineamientos preestablecidos, pautas rígidas. Es, comparado con un manual o tratado, una obra asistemática, emancipada de todo corsé escolástico.

Por último, un ensayo va dirigido a un *público amplio*. No un público masivo, desde luego, porque su lectura requiere cierto nivel de instrucción o bagaje cultural. Por «público amplio» entiendo un público ilustrado, más o menos culto, pero no necesariamente experto o especializado en la temática. En este sentido, el ensayo se diferencia claramente del *paper* académico, un escrito dirigido exclusivamente a colegas o personas entendidas. A diferencia de un monografista, un ensayista suele prescindir de minuciosos estados de la cuestión y extensos aparatos eruditos.

Si nos remitimos al diccionario de la Real Academia Española, encontramos cinco acepciones de «ensayo». Cito la segunda y tercera, que son las dos que resultan pertinentes en este contexto: "Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales" y "Género literario al que pertenece el ensayo"[7]. No es una definición incorrecta, pero sí bastante imprecisa e incompleta. A la luz de todo lo expuesto hasta aquí, resulta evidente que le faltan componentes importantes, ya sea porque se los ha omitido o porque no están debidamente explicitados. Mucho más precisa y completa es la definición que nos ofrece *Wikipedia*. Pero claro, se trata de una enciclopedia, no de un diccionario… Un artículo enciclopédico tiene una extensión, complejidad y hondura que no se le puede pedir a una entrada lexicográfica.[8]

[7] RAE, *Diccionario de la lengua española*, 23ª ed., https://dle.rae.es/ensayo.

[8] "El ensayo es un tipo de texto en prosa que explora, analiza, interpreta o evalúa un tema. Se considera un género literario comprendido dentro del género didáctico. Las características clásicas más representativas del ensayo son: [1] Es un escrito serio y fundamentado que sintetiza un tema significativo. [2] Tiene como finalidad argumentar una opinión sobre el tema o explorarlo. [3] Posee un carácter preliminar, introductorio, de carácter propedéutico. [4] Presenta argumentos y opiniones sustentadas. […] Si bien los ensayos suelen ser breves, también hay obras muy voluminosas […]. El ensayo literario se caracteriza por su amplitud en tratar los temas. […] Del aspecto artístico toma la belleza y la expresión a través de la creatividad, sin descuidar el rigor del método científico y la objetividad de las ciencias. Un ensayo es una obra literaria relativamente breve, de reflexión subjetiva pero bien informada, en la que el autor trata un tema por lo general humanístico de una manera personal y sin agotarlo, y donde muestra cierta voluntad de estilo, de forma más o menos explícita, encaminada a persuadir al lector de su punto de vista sobre el asunto tratado. El autor se propone crear una obra literaria y no simplemente informativa y versa sobre todo de temas humanísticos (literatura, filosofía, arte, ciencias sociales y políticas...) aunque también más raramente de asuntos científicos. El ensayo, a diferencia del texto informativo, no posee una estructura definida ni sistematizada o compartimentada en apartados o lecciones, por lo que suele carecer de aparato crítico, bibliografía o notas, o estas son someras o sumarias […]; ya desde el Renacimiento se consideró un género más abierto que el medieval *tractatus* o tratado, o que la suma, y se considera distinto a ellos no solo en su estructura libérrima y nada compartimentada en secciones, sino también por su voluntad artística de estilo y su subjetividad, ya que no pretende informar, sino persuadir o convencer del punto de vista del autor en el tratamiento de un tema que, como ya se ha dicho, no pretende agotar ni abordar sistemáticamente, como el tratado: de ahí su subjetividad, su carácter proteico y asistemático, su sentido artístico y su estructura flexible, que personaliza la materia. El ensayo es una interpretación o explicación de un determinado tema –humanístico, filosófico, político, social, cultural, deportivo, por mencionar algunos ejemplos–, desarrollado de manera libre, asistemática, y con voluntad de estilo sin que sea necesario usar un aparataje documental. En la Edad Contemporánea este tipo de obras ha llegado a alcanzar una posición central. En la actualidad está definido como género literario, debido al lenguaje, muchas veces poético y cuidado que usan los autores, pero en realidad, el ensayo no siempre podrá clasificarse como tal. En ocasiones se reduce a una serie de divagaciones y elucubraciones, la mayoría de las veces de aspecto crítico, en las cuales el autor explora un tema concreto o

Un ensayo es todo lo que hemos visto en este apartado. No es poco, ¿verdad? El ensayo ha llegado a ser lo que hoy es –todo un género literario en sí mismo, una tradición letrada de inmenso prestigio e innumerables cultores– gracias a un largo proceso de maduración intelectual, estética y política con más de 400 años de historia a cuestas. Desde que el humanista francés Michel de Montaigne, en pleno Renacimiento, sentara las bases del género ensayístico moderno con sus aclamados *Essais* (así llamó a sus prosas, plenamente consciente de su novedad estilística y espiritual) mucha agua ha pasado por debajo del puente. Confeccionar una lista de autores y títulos sería demasiado pesado, tedioso; o en su defecto, extremadamente injusto y antipático. Que cada lector de ensayos sea su propio antologista.

La ensayística como experiencia intelectual

¿Para qué escribir un ensayo? Una respuesta obvia sería: *para expresar o comunicar a los demás lo que pensamos sobre un determinado tópico: la nostalgia, el amor, la libertad, el dinero, la muerte, los femicidios, Borges, el tango, etc.* Esta respuesta, si bien no es incorrecta, errónea, resulta incompleta. Simplifica demasiado la cuestión.

Un ensayista no escribe ensayos solamente para comunicar lo que piensa. Lo hace también para *pensar mejor*, con mayor hondura, rigor, amplitud y claridad. Nuestros pensamientos no alcanzan plena madurez hasta tanto no los volcamos en un texto. Agustín Álvarez, uno de los mejores ensayistas argentinos de la generación del 80, señaló: "es bueno escribir lo que se piensa para obligarse a pensarlo con más precisión"[9]. Tenía toda la razón. Cavilar en el fuero íntimo de nuestra conciencia, lo mismo que dialogar con nuestros semejantes, son instancias valiosas de pensamiento, como bien lo sabemos –cuanto menos– desde los tiempos de la mayéutica socrática, una de las cumbres más altas de la antigua filosofía griega. Pero el intelectual moderno debe trascenderlas, y sólo se las puede trascender escribiendo.

Redactar ensayos no consiste en comunicar algo que ya se pensó. Se piensa también, más y mejor, *mientras* se escribe, *cuando* se escribe. O mejor dicho, *se piensa escribiendo*. El ensayo es, a la vez, en simultáneo, un acto de pensamiento y comunicación. Cuando en mi juventud hacía mis primeras armas como ensayista, no lo tenía claro. Creía con cierta torpeza e ingenuidad en la fórmula preceptiva *pienso, luego escribo*. Pero hoy, en base a lo que la experiencia me ha enseñado, comprendo y asumo que el ensayismo es, en sí mismo, pensamiento vivo. No escribo ensayos sólo para exteriorizar lo que pienso. Escribo ensayos, también, para pensar lo que nunca antes pensé, o bien, para seguir pensando algo en un nivel de mayor complejidad, coherencia y lucidez al de la introspección y la oralidad.

En tanto experiencia intelectual, la ensayística es *dialéctica*, es decir, argumentación y debate. Y para argumentar y debatir con solvencia se requieren dos cosas: *consistencia empírica* (solidez de datos) y *rigor lógico* (solidez de razonamientos). Un ensayista tiene que manejar buena información (científica, técnica, periodística, etc.), pero también debe saber razonar bien. Y para razonar bien es esencial poseer una sólida formación en lógica, aunque los nuevos beocios de la posmodernidad y la decolonialidad la consideren una antigualla «positivista» o «eurocéntrica»: conocer los componentes de un razonamiento, los distintos tipos de inferencia, la distinción entre validez/invalidez y verdad/falsedad, las diferentes operaciones lógicas, todas las falacias formales e informales, la navaja de Ockham, el método de la *reductio ad absurdum*, etc. etc. El ensayismo jamás debiera ser terreno para los desvaríos de la misología o el irracionalismo.

expresa sus reflexiones sobre él". *Wikipedia*, https://es.wikipedia.org/wiki/Ensayo. Suscribo, en general, esta conceptualización, aunque tengo grandes reparos en relación al criterio 3 (la ensayística como propedéutica), y no olvidaría matizar bastante la centralidad del ensayo en la contemporaneidad. Este género no necesariamente es de carácter introductorio o preliminar, ya que a menudo alcanza cotas muy altas de profundidad y complejidad; y su preeminencia ya pasó, debido a la academización y ultraespecialización de la praxis intelectual en la posmodernidad, con su aluvión de *papers* estandarizados.

[9] Agustín Álvarez, *Manual de patología política*. Mendoza, Biblioteca Popular "José Flor Alvarado", 1999 (1899), p. 15.

Un ensayista debe también ser un buen *polemista*, y para serlo, no basta con enunciar una tesis u opinión. Eso es lo de menos: lo importante son los argumentos que se desarrollan en sostén o defensa de esa tesis u opinión. De lo contrario, caeríamos en el facilismo de las discusiones de café, sobremesa o redes sociales. Debatir no es notificar un disenso. Es argumentar por qué se disiente. Notificar un disenso no sirve de nada si no tenemos capacidad, valentía, paciencia, ganas o tiempo de *fundamentarlo*, de traducirlo en argumentos. Nadie se replantea nada, nadie aprende nada, nadie crece intelectualmente nada con solo leer en Facebook, Twitter u otra red social la frase lapidaria «estás equivocado». Lo importante es que nos expliquen por qué nuestras ideas u opiniones serían erróneas. Y si no se tiene capacidad, valentía, paciencia, ganas o tiempo de argumentar, de debatir en serio, algo resulta seguro: no sería la ensayística nuestro camino, nuestra vocación.

Sin embargo, no alcanza con saber argumentar a favor de la tesis propia. Hay que saber, además, argumentar en contra de la tesis rival. Un ensayista debe ser, pues, tanto un hábil *apologista* como un hábil *crítico*. La refutación es tan importante como la demostración. De hecho, para ser más exactos, la refutación es *parte* de la demostración. Se argumenta por vía *catafática* o «positiva», pero también por vía *apofática* o «negativa». Ambas de consuno.

Pero el ensayismo supone, asimismo, en mi concepción, *polimatía*. Polímata es quien posee intereses temáticos y saberes disciplinares diferentes. Un ensayista es generalmente un polímata, toda vez que sus ensayos versan –no siempre, pero en la mayoría de los casos– sobre tópicos de la realidad y ramas del conocimiento bastante diversos. Lógicamente, un escritor de ensayos sólo a veces es especialista en el tema que ha elegido abordar. Y cuando no lo es, debe tener la capacidad de contrarrestar o paliar su falta de «experticia», para no pasar por improvisado o chapucero.

En relación a la polimatía, publiqué en mi blog, hace algunos años, un breve comentario. Juzgo oportuno traerlo a colación:

> En este blog voy compartiendo y reuniendo todos mis escritos, éditos e inéditos: ensayos, artículos, extractos de libros, aforismos, columnas de opinión, reseñas, poemas, comentarios, críticas, reflexiones, etc. ¿Tópicos? De todo un poco: historia, literatura, arte, filosofía, epistemología, divulgación científica, política internacional, política interior, educación, sociología, antropología, lógica, laicismo, ateísmo, librepensamiento, existencialismo, mitología griega y nórdica, feminismo, cine, repostería galesa, música, marxismo, anarquismo, fútbol, Tolkien, racionalismo, guitarra clásica... Para muchos, la polimatía es una aberración intelectual. No para mí, aunque me tilden de diletante. Escribo sobre lo que me apasiona o moviliza. Y si muchas cosas me apasionan o movilizan, ¿qué hay de malo en que mi escritura sea tan diversa, en forma y contenido? No es un plan deliberado. Es un impulso espontáneo que brota de lo más profundo de mi ser. Si me especializara, me traicionaría a mí mismo. Si no fuese polímata, mi escritura quedaría reducida peligrosamente a un mero acto de conformismo o complacencia.[10]

En la ensayística, la polimatía va de la mano, necesariamente, con la *síntesis*. Se cree equivocadamente que la síntesis sólo sirve como instrumento «exotérico» de enseñanza o divulgación. Pero la síntesis también contribuye a expandir el conocimiento, toda vez que permite descubrir conexiones inesperadas, o hacer comparaciones esclarecedoras, que los expertos, enfrascados en especialidades cada vez más minimalistas y disociadas (la mentada *fragmentación del saber*), pocas veces llevan a cabo. Un grandísimo ensayista como Ortega y Gasset supo advertir muy bien la enorme importancia *epistemológica* que tiene la síntesis en un

[10] Blog *Soliloquios de Extramuros*, 31 de diciembre de 2014, https://www.facebook.com/soliloquiosextramuros.

mundo crecientemente dominado por lo que llamó, con justeza, "barbarie del especialismo"[11]. Y el ensayismo, merced a su polimatía, es un terreno particularmente fértil para la síntesis.

Y decir síntesis, es decir *comparatismo*. La ensayística, si es consecuente con sus altos designios intelectuales, si busca explicar y comprender la realidad en vez de limitarse a describirla, no puede darle la espalda al método comparativo. Pero, ¿qué significa exactamente *comparar*? Ante todo, hallar similitudes y diferencias entre los fenómenos naturales y sociales; luego, identificar las causas –y consecuencias– de esas similitudes y diferencias. Quienes hayan leído a Montesquieu, Weber, Hobsbawm o Mann, sabrán a qué me refiero. Las mejores síntesis son aquellas que, amén de compendiar con coherencia y claridad la información de una determinada área del saber, le agregan el valor de la perspectiva relacional y comparativa, una plusvalía de importancia crucial.

Un ejemplo notable de polimatía, síntesis y comparatismo es el de Gonzalo Puente Ojea. Este intelectual marxista español, con su excepcional inteligencia y erudición, logró expandir los horizontes de varios campos científicos y filosóficos en los que él no era especialista, como la historia del cristianismo primitivo y la antropología de la religión, cosechando el respeto y la admiración de los expertos, que se han nutrido profusamente de sus desarrollos teóricos, hallazgos comparativos y abordajes analíticos.[12]

Por lo demás, en el ensayismo todo puede ser materia de reflexión. Todo. Lo general y lo particular, lo grande y lo pequeño, lo excepcional y lo cotidiano, lo público y lo íntimo, lo culto y lo popular, lo trascendental y lo anecdótico… Pero siempre con altura intelectual. Nunca sacrificando la seriedad, el rigor, la complejidad, la hondura. Se pueden escribir buenos ensayos acerca de temas que, a primera vista, parecen no ameritar un tratamiento intelectual: la saga *Star Wars*, el fútbol, la repostería, el fenómeno Halloween, las distintas versiones literarias de Caperucita Roja… Un excelente botón de muestra es el libro de Jean Chesneaux *Una lectura política de Julio Verne* (1971). Nadie que lo haya leído podrá no tomarse en serio la novelística verniana como tópico, aunque alguna vez cierta crítica elitista la tildara de «literatura a vapor».

---

[11] José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1995 (1929), p. 156. De hecho, todo el capítulo XII –que precisamente se llama "La barbarie del especialismo"– está dedicado a esta cuestión. Dice allí el filósofo español: "Para progresar, la ciencia necesitaba que los hombres de ciencia se especializasen. […] Generación tras generación, el hombre de ciencia ha ido constriñéndose, recluyéndose, en un campo de ocupación intelectual cada vez más estrecho. […] progresivamente perdiendo contacto con las demás partes de la ciencia, con una interpretación integral del universo, que es lo único merecedor de los nombres de ciencia, cultura […] El caso es que, recluido en la estrechez de su campo visual, consigue, en efecto, descubrir nuevos hechos y hacer avanzar su ciencia, que él apenas conoce, y con ella la enciclopedia del pensamiento, que concienzudamente desconoce. [...] El resultado más inmediato de este especialismo no compensado ha sido que hoy, cuando hay mayor número de «hombres de ciencia» que nunca, haya muchos menos hombres «cultos» que, por ejemplo, hacia 1750. Y lo peor es que con esos pachones del asador científico ni siquiera está asegurado el progreso íntimo de la ciencia. Porque esta necesita de tiempo en tiempo, como orgánica regulación de su propio incremento, una labor de reconstitución, y, como he dicho, esto requiere un esfuerzo de unificación, cada vez más difícil, que cada vez complica regiones más vastas del saber total [...] El especialismo, pues, que ha hecho posible el progreso de la ciencia experimental durante un siglo, se aproxima a una etapa en que no podrá avanzar por sí mismo si no se encarga una generación mejor de construirle un nuevo asador más provechoso" (pp. 156-160).

[12] Véase mi ensayo "Gonzalo Puente Ojea: contradictor de la fe, adalid de la razón, en Federico Mare, *Goďlauss: ateísmo, librepensamiento y existencialismo*. Mendoza, Grito Manso, 2022, pp. 209-249, especialmente pp. 216-228. "Una incontenible sed de erudición habitaba en Gonzalo Puente Ojea, es notorio. Pero esa sed, esa curiosidad, esa apetencia de conocer, en muchos ha decantado hacia una acumulación de datos meramente empirista, inconexa, infecunda: el enciclopedismo mal entendido. No fue este, por cierto, el caso de…" Puente Ojea. "La suya era –como había reclamado Voltaire en el Siglo de las Luces– una *erudición razonada*, en las antípodas del inventario obtuso, del descriptivismo hoy reinante. Tenía una extraordinaria capacidad para integrar el saber, para articular los conocimientos. En la síntesis de altas miras, en el comparatismo de niveles *macro*, en la dilucidación etiológica *a radice* de los fenómenos, en la teorización de gran aliento, donde tantos otros naufragan, él se movía como pez en el agua. Y lo hacía, por lo general, sin abusar de la esquematización, sin caer en facilismos dogmáticos, respetando las evidencias y fundamentando sus aseveraciones con bibliografía –nunca escasa ni desactualizada– de expertos. Su saber pletórico, superabundante, no era nada caótico. Estaba rigurosamente ordenado, organizado, estructurado, sistematizado, a fuerza de una continua labor sintética, comparativa y teórica que no quería dejar ningún cabo suelto. […] Asumía su erudición *racionalmente*, como una sapiencia enciclopédica subordinada a la inteligencia" (pp. 224-225).

Excursus sobre polimatía y miscelánea

Si hablamos de ensayística y polimatía, imposible no dedicar unas líneas al género de la *miscelánea*. La etimología latina del término no encierra secretos ni sutilezas semánticas: el adjetivo *miscellaneus-a,* que proviene del verbo *miscere*, «mezclar». *Miscellaneus-a* significa, pues, «mezclado/a». Ya en la antigua Roma el adjetivo femenino se sustantivó: *miscellanea* (mezcolanza) pasó a designar también una burda comida que –según cuenta Juvenal en sus *Sátiras*– se les servía con demasiada frecuencia a los gladiadores, preparada con las sobras del día anterior. Vale decir, una especie de popurrí barato para la esclavatura infortunada que debía combatir a muerte en el Coliseo y otros anfiteatros. En el ámbito de la latinidad culta, el sustantivo *miscellanea* adquirió luego un sentido figurado: obra escrita de temática heterogénea.

Si bien el género literario de la miscelánea ya tuvo cultores en la Antigüedad clásica y la Edad Media, fue en los siglos XV y XVI cuando alcanzó su consagración definitiva, de la mano de una camada de autores excepcionalmente curiosos, eruditos y polifacéticos –los célebres *uomini universali* u «hombres universales» del Renacimiento– que hicieron de la polimatía uno de sus grandes ideales humanistas, como los italianos Leonardo da Vinci y Galileo Galilei. Fue en esa época, asimismo, cuando empezaron a proliferar las polianteas, una variante más culterana, compendiosa, sistemática y didáctica de la miscelánea, preferentemente escritas en latín.

Otro genio polímata del Renacimiento fue Michel de Montaigne, el autor de los famosos *Essais*, el fundador del ensayismo moderno. Este literato francés supo darle a la miscelánea renacentista más densidad intelectual, una mayor agudeza analítica y hondura reflexiva. Y algo más: cierto espíritu crítico, cierta vocación polémica, cierto compromiso político. Montaigne trascendió la miscelánea sabihonda, puramente descriptiva o informativa. Inauguró el ensayo *stricto sensu*, género donde la filosofía –hasta entonces recluida en una tratadística docta y árida, escolástica, carente de amenidad, sin esmero estético– y la literatura –largamente dominada por el relato y la poesía– se encontraron por fin, en una sinergia que habría de cambiar para siempre la cultura letrada de la civilización occidental.

El siglo XVIII supuso una nueva edad de oro para la miscelánea, cuando los *philosophes* de las Luces (Montesquieu, Voltaire, Rousseau, etc.) aprovecharon al máximo sus potencialidades, como buenos ensayistas que eran. El librepensamiento ilustrado renovó completamente la polimatía moderna, llevándola a otro nivel: el enciclopedismo. La *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (1751-72), de Diderot y D'Alembert, combinó el saber generalista con la racionalidad crítica y militante. Los enciclopedistas –a contramano de los vulgares prejuicios posmodernos– cultivaron una erudición razonada, no meramente acumulativa. Estamos en presencia de un humanismo más incisivo, que describe o informa, pero que también explica y juzga: racionalismo con *parresía*.

El romanticismo tardodieciochesco y decimonónico nutrió a la ensayística y la miscelánea con la savia de su subjetividad yoica a flor de piel y su intensa sensibilidad pasional: en Alemania, Herder y Nietzsche; en Francia, Madame de Staël y Ernest Renan; En Inglaterra, Burke y Carlyle… Pero no hay que quedarse en Europa para encontrar ejemplos notables. Nuestra América Latina tuvo un gran ensayista romántico, polímata y parresiasta como pocos: Domingo Faustino Sarmiento. Su *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845) es, más allá de sus muy discutibles premisas ideológicas e intenciones políticas, una obra cumbre de la ensayística hispanoamericana. La producción literaria sarmientina, por lo demás, abunda en prosas misceláneas.

En los siglos XIX y XX, el socialismo también supo renovar el ensayismo con su conciencia social y su crítica política: Marx, Bakunin, Trotski, Landauer, Rosa Luxemburgo, Walter Benjamin, Sartre, Camus, Gramsci, Puente Ojea… Barrett y Mariátegui en Hispanoamérica… Silvio Frondizi y León Rozitchner en Argentina… Lo dicho vale también para la miscelánea. Dos anarquistas de lengua castellana acuden a mi

memoria como ejemplos notables de este género: el español Ricardo Mella y el argentino Rodolfo González Pacheco. Sus misceláneas –*Ideario* y *Carteles*, respectivamente– anclan la ensayística en la polimatía, y la polimatía en la ensayística. Ya estamos en la contemporaneidad, así que no es preciso completar el inventario.

La ensayística como experiencia estética

El ensayismo es argumentación, pero también –como hemos visto– *búsqueda de belleza*. En el ensayo, la dialéctica y la retórica están hermanadas, se complementan y potencian mutuamente. El ensayo está escrito con *esmero literario*. El ensayista es un intelectual con *pulsión estética*.

Cuando empecé a escribir ensayos, creía que la forma no importaba tanto, que resultaba poco menos que accesoria. Con el tiempo, fui descubriendo que la *manera* de decir lo que pensaba –la *conciencia literaria*– era importantísima, fundamental en un ensayista.

La escritura ensayística debe ser, en mi opinión, cuidada y elegante, y también relativamente amena. Pero a la vez, no debe estar exenta de cierta claridad y concisión. Nada quimérico hay en ello. Como dijo González Pacheco, "los pensamientos más altos no son los más complicados. Las complicaciones residen en el proceso que han debido atravesar para aparecerse nítidos"[13].

Un ensayo demasiado abstruso o sobrepoblado de circunloquios no es un ensayo ideal. Tampoco lo es, claro está, un ensayo escrito con mucho lirismo u oficio literario, pero con poca o ninguna sustancia intelectual. Hay –por caso– ensayistas que nos deslumbran con sus finas pinceladas de prosa poética, o con sus ingeniosas ironías de humor satírico, pero que, como intelectuales, nos dejan con gusto a poco. La esplendidez estética del envoltorio no alcanza. La riqueza intelectual del contenido es fundamental, innegociable.

La ensayística supone, pues, *trabajo de orfebre*, depuración en la forma, perfeccionismo en el estilo. Ahora bien: existe el riesgo de excederse en esa búsqueda de excelencia, exceso que conduce a un *preciosismo* contraproducente: el rebuscamiento, la afectación, el barroquismo, la pedantería. El ensayista no debe cruzar el límite que separa el esmero literario del amaneramiento literario. Ese límite, empero, como tantos otros, no es tajante. Resulta un tanto borroso, difuso. Y altamente subjetivo, desde ya. Pero el límite existe, y todo ensayista haría bien en tenerlo presente cuando escribe.

Decía que el ensayismo supone una escritura con *esmero literario*. ¿Qué significa eso, en términos prácticos? Significa reescribir una y otra vez un párrafo o una oración hasta que tenga cierta gracia, cierto sabor, cierta cadencia o musicalidad, cierto toque de distinción, cierto encanto. En suma, cierta *belleza*. Voy puliendo y cincelando cada parte, con paciencia y meticulosidad, hasta sentir que encontré la forma óptima, una forma que ya no puedo mejorar más.

Creo que Montaigne hubiera estado de acuerdo: hay que hacer uso de la retórica, del arte de la persuasión. Pero uso sin abuso, sin excesos de verbosidad o sofistería. Comentando críticamente la producción literaria e intelectual de Cicerón, el ensayista francés señaló:

> Su manera de escribir me parece pesada, lo mismo que cualquiera otra que se la asemeje: sus prefacios, definiciones, divisiones y etimologías consumen la mayor parte de su obra, y la médula, lo que hay de vivo y provechoso, queda ahogado por aprestos tan dilatados... Para mí, que no trato de aumentar mi

[13] Rodolfo González Pacheco, "La sencillez", en *Carteles*, vol. 1. Bs. As., Americalee, 1956, p. 58.

> elocuencia ni mi saber, tales procedimientos lógicos y aristotélicos son inadecuados; yo quiero que se entre desde luego en materia, sin rodeos ni circunloquios... Lo que yo busco son razones firmes y sólidas que me enseñen desde luego a sostener mi fortaleza, no sutilezas gramaticales; la ingeniosa contextura de palabras y argumentaciones para nada me sirve. Quiero razonamientos que descarguen desde luego sobre lo más difícil de la duda; los de Cicerón languidecen alrededor del asunto: son útiles para la discusión, el foro o el púlpito, donde nos queda el tiempo necesario para dormitar y dar un cuarto de hora después de comenzada la oración con el hilo del discurso. Así se habla a los jueces, cuya voluntad quiere ganarse con razón o sin ella, a los niños y al vulgo, ante quienes todo debe explanarse con objeto de ver lo que produce mayor efecto.[14]

Admiro profundamente, más allá de toda discrepancia ideológica, la ensayística de Horacio González: sus libros, sus artículos académicos, sus columnas para *Página/12*. El difunto autor de *Retórica y locura* ha sido, a mi modo de ver, el mejor ensayista de la Argentina posdictadura: como intelectual, derrochó lucidez, hondura, erudición, polimatía y humanismo, sin jamás darle la espalda a la actualidad y sus premuras; como escritor, nos prodigó textos de exquisita factura literaria, dotados de una elegancia y brillantez inconfundibles. Pero esa belleza –igual que en la ensayística de Nietzsche y Camus– le debe mucho a la concisión. González sacrificaba la claridad en aras de un *acendramiento expresivo* casi aforístico. Sus ensayos eran abstrusos, de difícil lectura, de ardua comprensión. No bien esbozaba una idea, pasaba a otra, y luego a otra, hilvanándolas siempre, pero sin jamás detenerse a explicarlas, a desarrollarlas, a ilustrarlas. No había apostillas o aclaraciones. Tampoco ampliaciones o desgloses. Mucho menos ejemplos. En su escritura de gran densidad intelectual, un párrafo no era el desarrollo progresivo de un concepto, sino la concatenación de varios conceptos cuyo conocimiento previo –o entendimiento *ipso facto*– se daba por sentado.

Pero hay ensayistas que, sin renunciar a una ensayística de alto vuelo intelectual, optan sin embargo por una mayor claridad y amenidad expositivas. Un buen ejemplo es Beatriz Sarlo. Sus ensayos, ciertamente, no van en zaga a los de Horacio González en ambición y complejidad temáticas, en amplitud de miras y saberes, en agudeza de análisis y reflexión, en implicaciones de actualidad. Pero su lectura es más fluida, más accesible; y su inteligibilidad, bastante menos espinosa. Sarlo hace concesiones didácticas que en González serían impensables: desarrolla más sus ideas, las ilustra, hace aclaraciones. Sin embargo, como contrapartida, la autora de *Escenas de la vida posmoderna* nos brinda un ensayismo de mayor austeridad retórica, de menor concisión y estilización, casi sin reminiscencias aforísticas. Aunque muy cuidada, y para nada exenta de gracia literaria, la suya es una prosa menos alejada del formato discursivo convencional de la academia.

La ensayística es como una manta corta: cuando nos cubrimos bien el pecho, dejamos al descubierto los pies; y cuando nos cubrimos bien los pies, dejamos al descubierto el pecho. Un equilibrio perfecto entre la claridad y amenidad en la exposición de ideas, y la excelencia estética en el uso del idioma, resulta muy difícil de lograr, si es que no resulta imposible. El afán de belleza tiene un precio, igual que el afán de hacerse entender. Queramos o no admitirlo, hay un juego de suma cero entre ellos. Como dice el viejo refrán, no *se puede servir a dos señores a un tiempo y tener a cada uno contento*. Todo ensayista, por mucho que se esfuerce en equilibrar el fiel de su balanza, se ve obligado a establecer cierto grado de *prioridad*: más dialéctica que retórica, o más retórica que dialéctica. Pero algo es seguro: no se puede ser ensayista si se anula por completo, o se relega en demasía, una de ambas dimensiones. Su coexistencia, su dualidad, es ínsita al ensayismo, como género literario y como experiencia humanista.

Otro riesgo para la literatura ensayística, para el arte del ensayo, es la tentación intelectualista de la erudición, el exceso informativo de datos o referencias, la hipertrofia bibliográfica y hemerográfica, el afán demostrativo, la acumulación exhaustiva de evidencias empíricas (fuentes, estadísticas, etc.). En el prólogo a

[14] Michel de Montaigne, *Ensayos*, lib. II, cap. 10.

sus clásicas *Meditaciones del Quijote*, Ortega y Gasset –ensayista excelso, sagaz y autorreflexivo como pocos– aseveró:

> Estas *Meditaciones*, exentas de erudición –aún en el buen sentido que pudiera darse a la palabra– van empujadas por filosóficos deseos. Sin embargo, yo agradecería al lector que no entrara en su lectura con demasiadas exigencias. No son filosofía, que es ciencia. Son simplemente unos ensayos. Y el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita. Para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes esta. Pero le es lícito borrar de su obra toda apariencia apodíctica, dejando las comprobaciones meramente indicadas, en elipse, de modo que quien las necesite pueda encontrarlas y no estorben, por otra parte, la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados. Aun los libros de intención exclusivamente científica comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos, se suprime en lo posible las notas al pie y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una elocución más orgánica, movida y personal.
>
> Con mayor razón habrá de hacerse así en ensayos de este género, donde las doctrinas, bien que convicciones científicas para el autor, no pretendan ser recibidas por el lector como verdades. Yo sólo ofrezco *modi res considerandi*, posibles maneras nuevas de mirar las cosas. Invito al lector a que las ensaye por sí mismo, que experimente si, en efecto, proporcionan visiones fecundas: él, pues, en virtud de su íntima y leal experiencia, probará su verdad o su error.[15]

Si tuviera que describir, en un plano espiritual más profundo, qué representa para mí la ensayística en tanto experiencia estética, diría que mis ensayos son *soliloquios de extramuros*. De hecho, este es el nombre que elegí para mi blog.[16]

Yo no sé qué tan noble o innoble es la veta de la que están hechos mi intelecto y mi corazón, mis convicciones y mis pasiones. Pero algo sí sé, y muy bien: cada ensayo, libro, artículo, columna de opinión, aforismo, poema y todo cuanto escribo para expresar libremente lo que pienso, están hechos de esa misma veta. Son fragmentos que extraigo de lo más profundo de mi espíritu, con amor y dolor, para esparcirlos aquí y allá por el mundo, esperanzado de que alguien quiera hacerlos suyos. Soy lo que escribo, y escribir es darse. El nombre *Soliloquios de Extramuros* intenta resumir, de algún modo, la cautivante paradoja que yo siento cada vez que saco a la luz pública lo que parí en la soledad de mi conciencia. Fragmentos de mi veta, sí. Nobles o innobles, pero míos...

Soliloquios de Extramuros es, creo, una buena metáfora para describir mis ensayos. *Soliloquios* en tanto pensamientos, reflexiones, «diálogos con uno mismo» que mantengo en solitario. Y *de extramuros* porque tales pensamientos o reflexiones salen de los muros de mi conciencia para quedar materializados en textos que muchas más personas pueden leer, y que cada quien es libre de interpretar y utilizar a su gusto. El arte, se lo ha dicho hasta el hartazgo, se completa con el público. La literatura cierra su círculo cuando sus textos llegan a manos del lector. El ensayismo, en tanto arte, en tanto literatura, no puede ser reducido a la *internalidad* de escribir desde sí, por sí y para sí. Es también la *externalidad* de escribir para otros, al menos cuando hay –o se presiente que tarde o temprano habrá– *animus publicandi*, intención de publicar. Siempre hay lectores del otro lado, ya sean de carne y hueso o –como diría Umberto Eco– *in fabula*.

No olvidemos la etimología de la palabra «ensayo». Se deriva del latín *exagium*, «pesaje», es decir, medición en una balanza; y, por extensión, en sentido figurado, «ponderación» o «valoración». Sin dudas, un ensayista pondera, valora, *sopesa* ideas y argumentos. Pero aquí me interesa la etimología más profunda y primigenia de *exagium*: este sustantivo de la antigua Roma está formado por el prefijo *ex* (hacia afuera) y el verbo *agere* (hacer o empujar). Vale decir que escribir un ensayo significa, en última instancia, «expulsar», «hacer o empujar algo hacia afuera».[17] Volvemos así, pues, a nuestro punto de partida: los ensayos como soliloquios de extramuros.

---

[15] José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*. Madrid, Cátedra, 2005 (1914), p. 28.
[16] https://www.facebook.com/soliloquiosextramuros.
[17] *Vid.* "Etimología de ensayo", en http://etimologias.dechile.net/?ensayo.

Decía en el penúltimo párrafo que *Soliloquios de Extramuros* es una metáfora de la ensayística. Esto me da pie para destacar la importancia del lenguaje metafórico en el ensayo. Dado que el ensayismo, como género literario, posee una dimensión estética y retórica nada menor, las metáforas difícilmente pueden faltar en el repertorio de un ensayista, aunque este no sea un poeta. Un *paper*, una monografía académica, pueden prescindir del lenguaje metafórico sin mayor dificultad; pero un ensayo no. Porque al ensayo no le concierne solo la prosecución de la verdad. Le compete también –y mucho– la *producción de sentido*. La racionalidad filosófica puede aportar bastante a esa producción, pero no resulta suficiente. Necesita de la ayuda del arte, de la sensibilidad e imaginación estéticas. No debe sorprendernos, entonces, que el ensayo y la metáfora sean caminos que se entrecrucen tan a menudo.[18]

La ensayística como experiencia política

Como intelectual de izquierda, como socialista libertario, asumo el ensayismo como un modo de compromiso social, de intervención pública, de activismo político. Albergo en mi mente y en mi corazón la esperanza, el sueño, la ilusión de que mis ensayos puedan ser granitos de arena que, sumados a otros millones y millones de granitos de arena, vayan creando poco a poco la playa que, algún día, hará posible el desembarco de la utopía: un mundo de paz, justicia y amor; un mundo sin capitalismo, sin patriarcado, sin imperialismo, sin estado, sin racismo, sin xenofobia, sin fanatismos religiosos. Un mundo desembarazado de la miseria, el hambre, las guerras, el autoritarismo, la discriminación, el machismo, la explotación, la cultura del odio… En suma, un mundo de *libertad, igualdad y fraternidad*. Porque, como bien dijera González Pacheco,

> Ayudar es ayudarse. El esfuerzo que se pone en la obra revolucionaria, no cae a un pozo, sino que se alza y se suma a un impulso de la vida. No muere tragado por el vacío, sino se alarga y se aclara en el torrente idealista. Es la gota de que está hecha la ola, la piedra que tiene en pie la montaña, seamos conscientes de esto para que nuestra alegría de hacer aun más humildes cosas por la Anarquía –escribir un manifiesto, pegar un grito, repartir un folleto o un periódico– no decaiga, renazca siempre.[19]

---

[18] En un texto que acompañó al manifiesto de *Kalewche* en su edición cero, reflexionaba: "No se piensa sino por imágenes. Si quieres ser filósofo escribe novelas", aseveró alguna vez Albert Camus, categórico y provocador. Así expresada la idea, parece exagerada. Sin embargo, no está del todo descaminada. Podría ser reformulada en estos términos: *a menudo se piensa mejor –o también– por imágenes. Si quieres ser un filósofo más completo, no deberías excluir de tu escritura a las ficciones*. Al fin y al cabo, el propio Camus fue escritor y filósofo. Supo complementar novelas de enjundia como *El extranjero* y *La peste*, con ensayos de gran lucidez como *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde*.

Por lo demás, ¿no es acaso la imaginación una forma o variante más del pensamiento? No deberíamos olvidar su etimología latina: *imaginatio*, derivada a su vez de *imago*, «imagen» o «figura». Imaginación o *imaginatio* significan, pues, «figuración», producción de figuras. […]

Fue también Camus quien escribió: "la obra de arte nace del renunciamiento de la inteligencia a razonar lo concreto. Señala el triunfo de lo carnal. Es el pensamiento lúcido el que la provoca, pero en ese acto mismo se niega". Aquí convendría hacer otro retoque: *la obra de arte nace de la mesura de la inteligencia que ha comprendido que su razonar no es suficiente para abarcar en toda su extensión y profundidad lo concreto. Señala la aceptación de lo carnal. Es el pensamiento lúcido el que a veces la provoca, pero en ese acto mismo asume los límites de su facultad de abstracción*. ¿No podríamos aplicar también este aforismo al lenguaje metafórico? ¿No nace este de un lenguaje conceptual que no se cree exclusivo ni todopoderoso, que acepta con humildad la ayuda carnal de las imágenes, que en vez de absolutizar su poder de abstracción sabe equilibrarlo y potenciarlo con la fuerza de la imaginación?

Si "el arte existe porque la vida no alcanza", como gustaba decir el poeta brasileño Ferreira Gullar, podría decirse también que *las metáforas existen porque la literalidad del lenguaje no basta*. […]

El lenguaje metafórico no es un lenguaje más, entre otros lenguajes. Es un lenguaje que condensa arte, que está saturado de imaginación estética y simbolismo. Las metáforas son una vía privilegiada –de alta densidad– para la producción de sentido. Quizás el mayor antídoto jamás inventado contra el horror del vacío, contra el absurdo del silencio". Federico Mare, "La fantasmagoría de *Kalewche*", en *Kalewche*, 3 de septiembre de 2022. Disponible en: https://kalewche.com/la-fantasmagoria-de-kalewche.

[19] Rodolfo González Pacheco, *Carteles*, vol. 1. Bs. As., Americalee, 1956, p. 192.

Y partiendo de esas premisas, no cabe otra opción más que concebir la ensayística como *pensamiento crítico*, es decir, como un pensamiento que pretende ser antisistémico, contrahegemónico; que busca situarse en las antípodas de la ideología dominante y del sentido común; que intenta visibilizar, desmontar y cuestionar las relaciones de poder. Un pensamiento por fuera del *status quo* y en contra del *status quo*. Parafraseando lo que Celaya dijera de la poesía, librepensamiento como *arma cargada de futuro*.

Rasgar velos, romper yugos, parir sueños. Deconstruir lo dado, destruir lo impuesto, construir lo propio. Crítica, Revolución, Utopía. Vida en expansión. Camino de libertad.

Bajo el signo del pensamiento crítico, escribir ensayos es como sembrar sueños. ¿Sembrar sueños para qué? Para cosechar despertares, muchos o pocos, hoy o mañana. Viene a mi memoria, en este preciso instante, el numen de Ricardo Flores Magón y su metáfora del *sembrador de ideales*.

> […] Yo también he sido un sembrador, aunque sembrador de ideales...!, y he sentido lo que el sembrador de semillas en las generosas entrañas de la tierra, y yo confío las más en los cerebros de mis semejantes, y ambos esperamos... y las agonías que él sufre en su espera son mis agonías. La más pequeña muestra de mala suerte oprime nuestro corazón, deteniendo la respiración, espera que la rotura de la costra de la tierra le anuncie que la semilla ha brotado, y yo, con mi corazón comprimido, espero la palabra, la acción, el gesto que indique la germinación de la semilla en un cerebro fértil […]
>
> El sembrador de ideales no detiene su obra, continúa hacia un futuro que mira con los ojos del espíritu, sembrando, siempre sembrando. Puños muy apretados pueden agitarse amenazadoramente, y todo a su alrededor puede temblar y llegar a arder en el odio que se desprende de aquellos cuyos intereses se benefician, dejando sin cultivo los cerebros de las masas […] El sembrador no retrocede, el sembrador continúa siempre sembrando, y ésta ha sido su tarea desde tiempo inmemorial, […] porque el sembrador de ideales ha tenido siempre una misión de combate, pero serena y majestuosamente; con un amplio movimiento de brazos, tan amplio que parece trazar en el aire hostil la órbita del sol, constantemente siembra la semilla que hace avanzar la humanidad, aunque con grandes tropiezos, hacia ese futuro que él mira con los ojos del espíritu…[20]

Cuando las «tradiciones» son eufemismos de prejuicios y privilegios, y cuando la «subversión» es un disfemismo de la razón y la justicia, quienes luchamos por el progreso del *espíritu público* (el conocimiento y la asunción de los derechos humanos por parte de la sociedad civil, al decir de los filósofos ilustrados) debemos tener el temple suficiente para pasar por locos en una sociedad de locos, para no apartarnos jamás de la cordura en un mundo sin cordura, para conservar y ejercitar la lucidez en medio de la insania generalizada de la barbarie.[21] No debemos caer jamás en la soberbia de creernos vanguardia iluminada, ni tampoco en la desmoralización que, tarde o temprano, nos llevaría a bajar los brazos y darnos por vencidos. Nuestro desafío es traer al presente la utopía del mañana sin creernos portadores de ninguna mesianidad providencial, ni sentirnos víctimas impotentes de la maldición de Casandra. La mirada puesta todo el tiempo en el horizonte, los pies siempre sobre la tierra y el corazón constantemente abierto al vivificante sol matinal de la esperanza.

El ensayismo como pensamiento crítico va de la mano con la *parresía*, tal como era concebida y practicada en la *polis* democrática de la Grecia clásica: libertad de expresión al servicio del bien común (*koinei sympheron*), ejercitada con franqueza y honestidad, de manera integral y rigurosa, apelando siempre a la

[20] Ricardo Flores Magón, *Antología*. México, UNAM, 1972, pp. 126-127.

[21] Escribí eso antes de la pandemia. Luego de semejante pandemónium de irracionalidad, dicha convicción se ha reforzado enormemente. Véase al respecto Ariel Petruccelli y José R. Loayssa, *Una pandemia sin ciencia ni ética*. Madrid, El Salmón, 2022, *passim*. También mi reseña sobre ese libro, "Del catastrofismo a la iatrogenia", en *Kalewche*, 14 de octubre de 2022. Disponible en https://kalewche.com/del-catastrofismo-a-la-iatrogenia-resenando-una-pandemia-sin-ciencia-ni-etica-de-a-petruccelli-y-j-r-loayssa.

razón (*logos*) y buscando siempre la verdad (*alétheia*). Siguiendo a Foucault[22], el ensayista que se asume como *parresiasta* sería aquel que se enfrenta al poder en nombre de la solidaridad, aquel que no calla ni adula, aquel que antepone la ética y la política del altruismo a la mezquindad del autointerés, aquel que está dispuesto –incluso– a correr riesgos en la prosecución de sus ideales: censura, difamación, cesantía, amenazas, exilio, cárcel, muerte. Jean-Jacques Rousseau, Karl Marx, Mijaíl Bakunin, José Martí, Rosa Luxemburgo, Gustav Landauer, Walter Benjamin, José Carlos Mariátegui, Emma Goldman, Carlo Levi, Eduardo Galeano, Nawal al Saadawi… El oscurantismo, la persecución ideológica y el antiintelectualismo van de la mano.

Pero el pensamiento crítico no consiste sólo en la capacidad de deconstruir y cuestionar *lo dado* como *lo impuesto* (la ideología dominante, el sentido común, los prejuicios y mandatos culturales, las ortodoxias, los argumentos de autoridad, las tradiciones, los mitos y dogmas religiosos, los discursos del poder, la corrección política), sino también, no lo olvidemos, en la capacidad de ejercer el incómodo e ingrato oficio de *abogado del diablo*, tanto a favor de nuestros oponentes como en contra de nosotros mismos, y a pesar de la impaciencia y los abucheos de nuestra propia tribuna. Supone no tener demasiada prisa ni facilismo ventajero en llevar agua para el propio molino y exclamar *touché!* Demanda, pues, mucha rigurosidad, coherencia y honestidad, y no poco coraje y rectitud. Por eso abundan las personas que creen ser críticas sin serlo, y escasean las que realmente lo son. Dicho en pocas palabras, la crítica implica autocrítica.

En su ensayo *On Liberty*, John Stuart Mill escribió:

> Se debe reprobar a todo aquél que, sea cual fuere el lado del argumento en que se coloque, manifieste en su defensa falta de buena fe, malicia o intolerancia de sentimientos. Mas no debemos imputar estos vicios a la posición que una persona adopte, aunque sea la contraria a la nuestra. Rindamos honores a la persona que tiene la calma de ver y la honradez de reconocer lo que sus adversarios realmente son, así como lo que representan sus opiniones, sin exagerar nada de lo que pueda perjudicarlos, y sin ocultar tampoco lo que pueda favorecerlos. En esto consiste la verdadera moralidad de la discusión pública. Y aunque a menudo sea violada, me contento con pensar que existen muchos polemistas que la observan en alto grado, y que es mayor todavía el número de los que se esfuerzan por llegar a su observancia de un modo consciente.[23]

Hago mías estas palabras. La ética del polemista es un componente esencial de la ensayística en tanto experiencia política. Los medios no están justificados por el fin. Deben, al contrario, reflejarlo, prefigurarlo y honrarlo.

Para la intelectualidad crítica de izquierda, militar en organizaciones políticas nunca ha sido fácil. El dogmatismo, el verticalismo, el sectarismo, el pragmatismo, no son fáciles de digerir para quienes defienden con celo su *independencia*, su derecho a pensar y expresarse libremente, incluyendo la heterodoxia y el disenso. La *parresía* individual y la disciplina organizacional siempre han estado en tensión, manifiesta o latente, como ilustra la relación de Trotski con el bolchevismo, entre muchos otros ejemplos.

---

[22] Michel Foucault, *Discurso y verdad. Conferencias sobre el coraje de decirlo todo (Grenoble, 1982/Berkeley, 1983)*. Bs. As., Siglo XXI, 2017, *passim*.

[23] John Stuart Mill, *Sobre la libertad*. Madrid, Verbum, 2016 (1859), p. 68. El *fair play* intelectual del que nos habla Mill incluye la buena fe hermenéutica. Otro filósofo inglés, Hobbes, había escrito en el siglo XVII lo siguiente, refiriéndose a la exégesis bíblica: "No son las meras palabras sino la finalidad del escritor lo que procurará la verdadera luz para interpretar toda escritura; y los que insisten sobre textos singulares, sin tener en cuenta el designio capital, no pueden derivar de ello nada claro; antes bien, reuniendo átomos de la Escritura, como el polvo delante de los ojos del hombre, hacen cada cosa más oscura de lo que es; y éste es un artificio común de quienes no buscan la verdad, sino su propia ventaja" (*Leviatán*, III, 43). ¡A cuántos posmodernos se les podría poner este sayo!

Pero esto, sin embargo, no es pretexto para retirarse de la arena política y refugiarse en la *torre de marfil*. Cabe la alternativa de desarrollar un activismo cultural muy fecundo por fuera de las organizaciones partidarias o políticas de izquierda. Cuando un intelectual de vocación contrahegemónica siente que no es posible *encuadrarse*, combatir en tropa, puede y debe luchar a solas, individualmente (o asociarse con otros quijotes, en pequeños círculos culturales). La historia nos brinda innumerables ejemplos de la existencia y eficacia de esta clase de *intelligentsia*. Escritos cruciales de la tradición de izquierda, de amplísima difusión pública y profundo impacto social, pertenecen a intelectuales independientes que no militaban en ninguna organización política, entre otros, el *J'accuse* de Émile Zola y *La Patagonia rebelde* de Osvaldo Bayer.

Asumo mi deber de luchar sin tregua contra este mundo de injusticia y barbarie. Pero reivindico el derecho a hacerlo en solitario, como francotirador de un ejército al que nunca he de negar mi lealtad y servicio, pero dentro del cual no podría ser yo mismo. No toda soledad es evasión y comodidad. No toda soledad es cobardía y egoísmo. Esta metáfora del francotirador vale también, claro, para los pequeños colectivos intelectuales, como *Kalewche*.

Necesitamos, pues, el pensamiento crítico de intelectuales de izquierda independientes, autónomos, libres de la autocensura que impone la disciplina partidaria. Pero necesitamos también, imperiosamente, que esa *praxis* sea hecha extramuros, a la intemperie, de cara a la sociedad, fuera de la *torre de marfil* académica y su lógica endogámica del *paper* pensado y escrito para especialistas colegas.

Bien o mal, con aciertos y errores, eso es lo que tratamos de hacer desde *Kalewche* y *Corsario Rojo*. No somos los únicos, por cierto. Pero somos muy pocos. Debiéramos ser más, muchos más. Y de hecho, podríamos perfectamente ser más. Existen muchas personas capacitadas para el ensayismo y el debate público de ideas. No es tanto un problema de *aptitud* intelectual, como un problema de *actitud* política. Más que capacidad, lo que falta es decisión.

Allá por enero de 1908, Rafael Barrett, uno de los más notables ensayistas contemporáneos de la lengua castellana, publicó en *El Diario* de Asunción del Paraguay una bella y lúcida prosa de librepensamiento acerca del rol social de los intelectuales, intitulada, no en vano, *La torre de marfil*. Cito en extenso sus palabras. Valen la pena.

> Lástima es que se metan a escribir los que no saben, y mayor lástima que abandonen la pluma los que podrían con fruto manejarla. […Estos últimos] se dividen en dos clases. Los unos pretextan que el oficio de las letras es criadero de pobres, y prefieren lucrar en un rincón. Con tal de cenar, renunciarían a concluir el *Quijote*. Los otros, enredados en su pureza, dicen que se preparan, que aún es tiempo, y que de no producir cosas notables, mejor es no producir cosa alguna. […] No lloremos demasiado la fuga de los infieles al arte que se acomodan con el destino de un Rotschild, y llamemos a la torre de marfil donde se encierran los indecisos:
>
> —¡Salid! Perfumemos los pies en el rocío de los campos. Descubramos lo que el monte oculta. Viajemos.
>
> —Nuestra torre es muy bella.
>
> —No hay cárcel bella.
>
> —Estamos cerca del cielo.
>
> —¿De qué os servirá lanzar al cielo vuestra simiente, si no cae a tierra? Sólo la humilde tierra es fecunda.
>
> —El polvo nos asfixia. El pataleo de la plebe nos da asco. El sudor de la soldadesca hiede. La realidad mancha y aflige: es fea.
>
> —Porque no sois bastante agudos para penetrar su hermosura. El mundo os abruma, porque no sois bastante fuertes para transformarlo. Os parece oscuro y triste, porque sois antorchas apagadas.

> —En cambio, nos entregamos al maravilloso resplandor de nuestros sueños.
>
> —¿Qué valen vuestros sueños, si no los comunicáis? Hacedlos universales y los haréis verídicos. Mientras los guardéis para vosotros, los tendremos por falsos.
>
> —Nuestras ideas solitarias baten sus alas en el silencio.
>
> —Ideas de plomo, incapaces de marchar diez pasos. Alas de gallina. De los muros de vuestra torre de marfil, nada se desprende, nada parte. Decoráis vuestro egoísmo: bostezáis con elegancia. Complicáis vuestra inutilidad. Prisioneros del humo de vuestra pipa, confundís la filosofía con la toilette, el genio con la pulcritud. Tomáis la timidez por el buen gusto; envejecéis satisfechos de vuestros modales. Alejados de la ciudad, nadie os busca, porque nadie os necesita. Sois muy distinguidos: os distingue vuestra debilidad. Desdeñáis, pero ya se os ha olvidado.
>
> —El presente nos rechaza tal vez, por no doblegarnos a sus exigentes miserias. Nos refugiamos en el pasado. Somos los eruditos de la tumba. En nuestras salas, vagan los tintes tenues de los venerables tapices. La claridad discreta de las lámparas de bronce arranca un noble relámpago sombrío a las armaduras milanesas, y en la paz nocturna sólo se oye el pasar de las rígidas hojas de pergamino bajo nuestros dedos pálidos, donde brilla un sobrio y denso sello antiguo.
>
> —Os refugiáis en el pasado, como muertos que sois. Si estuvierais vivos, os refugiaríais en el porvenir. Desenterrad en buena hora, mas no cadáveres. Resucitad a los difuntos o dejadlos tranquilos. ¿Para qué traer su podre al sol? Ya que tanto afán tenéis de frecuentarlos, id vosotros a ellos: huid a la región de eterna sombra. Mas si os decidís a vivir con nosotros, vivid de veras, no en simulacro; vivid en vida y no en muerte. Respirad el aire de combate común y empezad vuestra propia obra.
>
> —La queremos perfecta. La perfección a que aspiramos nos paraliza. Apenas trazamos una línea, nos detenemos, porque la reputamos indigna de nuestro ideal. Lo perfecto o nada.
>
> —¡Suicidas! Lo primero y lo último y lo perfecto es vivir. Esa perfección es una forma del egoísmo. Ansiáis lo perfecto, es decir, lo acabado, lo intangible, aquello en que nadie colabora ya, aquello a que nadie llega, lo que aparte y humilla, lo que os eleva y aísla, el mármol impecable y frío, la torre de marfil. Por aparecer perfectos según vuestros patrones del minuto, os inutilizáis y mentís. Atentáis a la secreta armonía de vuestro ser, destruís en vosotros y alrededor de vosotros, la misteriosa, exquisita, salvaje belleza de la vida.
>
> Sobre lo perfecto está lo imperfecto. Sobre la augusta serenidad de las estatuas, hay que poner nuestros espasmos y nuestros sollozos y nuestras muecas de criaturas efímeras. Lavad vuestra alma, encontradla y dadla toda entera, con sus grandezas y con sus bajezas, con sus fulgores sublimes y con sus tinieblas opacas, con sus cobardías y hasta con sus monstruosidades. Libertaos de vosotros mismos y os salvaréis y nos salvaréis a nosotros. Habréis aumentado la sinceridad y la luz del universo. Abrid la mano del todo, ¡oh sembradores! Que no quede en ella un solo germen.[24]

Necesitamos más pensamiento crítico, más ensayistas de izquierda. Precisamos más ideas germinales, más sembradores de estirpe *magoniana*. Contra la opresión de clase, contra el sexismo y contra todos los otros males sociales que ensombrecen la vida en este planeta, el único que –al menos por ahora– la especie humana es capaz de habitar.

Necesitamos quijotes. Muchos. Quijotes rebeldes, en la acción y en la palabra. Porque el capitalismo, el patriarcado, las guerras imperiales del Tío Sam, el racismo, la xenofobia, etc., no son enemigos imaginarios, molinos de viento. Son gigantes de veras. Y hasta que no sucumban, la libertad, la igualdad y la fraternidad serán sólo un *flatus vocis*.

[24] Rafael Barret, "La torre de marfil". *El Diario*, Asunción del Paraguay, 10 de enero de 1908.

Más acciones colectivas en las calles, sin duda, y por sobre todo. Pero también, frente al pensamiento y discurso únicos de la prensa hegemónica, más *ensayística de la urgencia* fuera de la torre de marfil. Podemos. Ojalá queramos.[25]

Palabras finales

Esbocé en este escrito una concepción triádica de la ensayística: la ensayística como experiencia intelectual, como experiencia estética y como experiencia política (*contrahegemónica*); la escritura de ensayos, el ensayismo, como aspiración humanista a lo verdadero, lo bello y lo justo en tanto fines integralmente asumidos. Suena desmesurado, demasiado pretencioso, y tal vez lo sea...

Pero quererlo *todo* no significa despreciar lo poco o mucho que se logra cuando no se lo puede todo. Significa no resignarse de antemano a la parte, no claudicar por anticipado, ansiar la plenitud. Poco es mucho cuando se lo ha intentado todo, y mucho es poco cuando el esfuerzo no está a la altura de la voluntad. La «medida» de la subjetividad revolucionaria no está en los avatares del resultado, sino en la lucha misma, como lo entendía Ibsen. La disyuntiva del todo o nada no es, como se cree comúnmente, un «extravío» de la conciencia revolucionaria, sino la coartada del nihilismo: *como todo no se puede, mejor no hago nada*. Aun cuando no se pueda todo, incluso cuando la nada parezca doblegarnos, hay que intentarlo todo. Pueden privarnos del goce de la libertad, cierto; pero nunca de la dignidad de luchar por ella, aun en la derrota. Hay allí, como bien supo advertir Camus, una razón de sobra para querer seguir viviendo. Por lo demás, cuanto más se quiere y más se hace, más se consigue; y cuanto más se consigue, menos lejos se está del todo.

[25] En relación a los problemas de una intelectualidad cada vez más enclaustrada en la torre de marfil académica, recomiendo leer el siguiente artículo: Ariel Petruccelli, "Russell Jacoby: contra la miopía intelectual", en *Ideas de Izquierda*, 26 de septiembre de 2021. En este texto, Petruccelli rescata para el público argentino y de otros países de lengua castellana los libros en inglés (*Dialectic of Defeat*, *The Last Intellectuals*, *The end of Utopia*, etc., nunca traducidos hasta hoy) del historiador y pensador estadounidense, profesor en la Universidad de California. Pone en valor sus críticas al academicismo posmoderno, a sus derivas intelectuales y políticas. Aunque Jacoby centra sus análisis y reflexiones en el caso de la Norteamérica anglosajona, mucho de lo que dice en sus obras es extrapolable a otras regiones del mundo, por ej., América Latina y Europa. Señala Petruccelli que la academización, para Jacoby, representa "un viraje gradual pero profundo de una práctica intelectual íntimamente asociada al mundo de la bohemia, caracterizada por perspectivas que aunaban intereses diversos, escritos dirigidos a un público educado pero amplio, una prosa clara (literariamente pulida y llegado el caso acuciante) y una voluntad manifiesta de colaborar en la educación de la ciudadanía e intervenir políticamente; a una práctica concentrada en la academia, crecientemente especializada, que se dirige a un público restringido, que poco espacio deja a la 'educación' ciudadana, que emplea una jerga incomprensible a los 'no iniciados' y que, si conserva voluntad política, la misma se restringe al interior de los muros universitarios. El tránsito de una realidad a otra no puede ser negado. Excepciones hubo, hay y habrá. Pero las tendencias generales no pueden ser ignoradas o rechazadas…".
"Junto con la descripción del campo intelectual y sus modificaciones, Russell Jacoby nos ofrece perspicaces observaciones respecto a lo que favorecen o traban, impulsan o socavan, ciertos contextos colectivos. Individuos de inclinaciones bohemias puede haber en cualquier tiempo y lugar; pero algo diferente es la bohemia como fenómeno comunitario, cultural. Recíprocamente, eruditos meticulosos puede haber en cualquier sitio, pero algo diferente es la existencia de un campo académico que fomenta y premia la meticulosidad erudita, al tiempo que desaconseja e incluso castiga otras prácticas intelectuales. Para quienes han hecho de la academia una forma de vida, parece difícil imaginar otro tipo de prácticas intelectuales. Y Jacoby comete la imprudencia de rememorarlas. Pero no solo eso: la suya no es una mirada que se limita a trazar semejanzas y diferencias. Se atreve a evaluar, una verdadera fruta prohibida de la huerta académica. La evaluación de Jacoby, con todo, es equilibrada. No es un tirabombas antiacadémico. Pero ante universitarios muy conformes con ser lo que son, la simple enunciación de que no todo es color de rosa bastó y sobró para que hubiera quienes perdieron la compostura. Jacoby no cuestiona el aumento de la erudición, el rigor metodológico o los elevados estándares lógicos que, se supone, caracterizan a la producción universitaria. Pero muestra que estos atributos no se hallan en realidad tan extendidos como a veces se supone, ni estaban ausentes en la 'vieja intelectualidad'.
"Paralelamente, evidencia que a las ganancias en erudición, especialización y rigor, habría que contraponer algunas pérdidas: público de masas, capacidad totalizadora, influencia política e incluso cierta libertad (acosada por formatos textuales que moldean mucho más que la forma, afectando el contenido). Aunque no se priva de exponer algunos casos de censura académica groseros y abiertos, Jacoby muestra que es mucho más decisivo el impacto de mecanismos sutiles, casi imperceptibles, de domesticación intelectual. El resultado es que en el campo académico pueden florecer millares de perspectivas críticas que desatan tormentas en vasos de agua. Así, la larga marcha de la izquierda a través de las instituciones y de los campus ha arrojado el resultado no del todo imprevisto –y no del todo indeseado– de que los intelectuales se amoldaron más a la academia de lo que lograron transformarla. Y, entre tanto, su capacidad para influir en capas más amplias de la población y modificar la sociedad extramuros se ha visto debilitada".

Huelga aclarar, por otra parte, que el «modelo» de ensayística aquí propuesto es un ideal de autoexigencia, un horizonte de referencia, no un acto jactancioso de autodescripción. Como ensayista, trato de honrarlo en la medida de mis aptitudes y posibilidades. Pero harina de otro costal es si lo consigo o no, o qué tanto lo consigo cuando lo consigo; asunto del cual, obviamente, no me corresponde opinar, en tanto resulta imposible ser –con credibilidad– juez y parte.

Exceso de idealismo, pensarán con desdén, sorna o escepticismo algunos. Ricardo Mella les respondería: "No hará el ideal el milagro; no está en el pensamiento y en la pasión todo el contenido del progreso humano. Se requiere la acción, la labor incesante de todas las potencias; preciso es que en la conflagración de los intereses así lo pequeño como lo grande agite, conmueva, sacuda; pero sin estos grandes resortes de la idealidad y de la pasionalidad exaltados, el avance del mundo sería nulo. Trabajemos, cualquiera que sea nuestra etiqueta, por el ennoblecimiento de la vida"[26]. Vale decir, el optimismo del ideal y la voluntad que preconizaban Mariátegui y Gramsci. Pero contrapesados –como ambos teóricos marxistas lo aclararon con prudencia y mesura– por el pesimismo de la inteligencia, por el realismo de la racionalidad crítica, que también es parte del «ADN» de la izquierda anticapitalista.

Es momento ya de concluir este ensayo sobre la ensayística, y me gustaría hacerlo con esta breve prosa que alguna vez publiqué en *Soliloquios de Extramuros*. En ella trato de dar cuenta de mi relación vital, existencial, con la escritura.

> Escribo sin cesar, endemoniadamente, como un poseso, para que mis pensamientos y pasiones, mis conocimientos y dudas, mis convicciones y utopías (mi espíritu, mi ser, todo lo que mal o bien soy, o he llegado a ser en esta jungla de circunstancias), no se marchiten conmigo en la estéril soledad de mi conciencia, y para que no desaparezcan conmigo el día que la Parca golpee a mi puerta. Escribo para que el absurdo sea menos grande y lacerante de lo que es. Escribo para rebelarme contra la iniquidad de la sociedad y la comodidad de mi trasero. Escribo para existir más allá de mí, en mis semejantes, con mis semejantes, por mis semejantes. Escribo para sentirme vivo en este mundo demasiado parecido a un cementerio. Escribo para sobrevivir. Escribo para palpitar y anticipar la utopía del mañana. Escribo para no morir del todo el día que me muera.[27]

La ensayística como *numantinismo* del pensamiento y la palabra libres, como alternativa agonal al pesimismo antropológico del *homo homini lupus*. El ensayismo como encrucijada y sinergia de las tres grandes búsquedas que han cimentado la tradición humanista desde tiempos antiguos: *verdad, belleza, justicia*.

Alfonso Reyes pensaba –ya lo citamos y comentamos– que el ensayo es el *centauro de los géneros*. Con esta metáfora teriantrópica, con este guiño poético al teriomorfismo de la mitología griega,[28] el escritor mexicano buscaba aprehender la esencia híbrida del ensayismo, su mixtura ínsita entre producción intelectual y creación artístico-literaria, entre racionalidad argumentativa y sensibilidad estética. Todos estos componentes están presentes en mi concepción de la ensayística, pero le agregué un tercer elemento, que hallo crucial: el compromiso social y político, la *parresía* anticapitalista de izquierda.

---

[26] Ricardo Mella, *Ideario*. Bs. As., Clío Libertaria, 2012 (1926), p. 79. Otro anarquista, el alemán Landauer, pensaba en una sintonía parecida: "el ideal es lo último, lo que se encuentra en la cúspide de belleza y de alegría de vivir […]. Pero la realidad nunca es completamente idéntica al pensamiento de cada ser humano particular […]. No es el ideal el que se convierte en realidad, pero es por el ideal y sólo por el ideal que nuestra realidad toma forma en estos tiempos nuestros. Vemos algo ante nosotros, y tras ello no vemos nada más que sea posible, nada mejor; percibimos lo más extremo y decimos: «¡Eso es lo que yo quiero!». Y entonces hacemos todo lo posible para crearlo; realmente todo". Gustav Landauer, *Llamamiento al socialismo*. Madrid, Ediciones El Salmón, 2019 (1911), p. 17.

[27] Blog *Soliloquios de Extramuros*, 26 de octubre de 2016, https://www.facebook.com/soliloquiosextramuros.

[28] Piénsese en los centauros, pero también en las sirenas, los faunos, las harpías, el Minotauro, etc.

Al decir esto, no creo estar desvirtuando o forzando la metáfora teriantrópica de Reyes. ¿No fueron los centauros, acaso, grandes guerreros, bravos soldados, aparte de hombres-caballos? Según Homero, no había en Grecia mejor combatiente que Aquiles, y este héroe tuvo de niño, como maestro, a su bisabuelo Quirón, el rey de los centauros, quien le brindó una formación integral: equitación, cinegética, lucha, arquería, medicina, oratoria, música, moral, etc. Quirón era sabio, artista y guerrero. Las tres cosas al mismo tiempo, todo en uno. En su espíritu, convivían armónicamente las inquietudes intelectuales, estéticas y marciales, y en la cosmovisión helénica –recuérdese– lo marcial era profundamente *político*. Algo de esta antigua noción todavía subiste entre nosotros, pues «polémica» viene del griego *polemos* (guerra).

La mayor guerra librada por los centauros fue contra los lapitas de Tesalia. Los mitos helénicos la llamaron *centauromaquia*. Se trató de una guerra cruenta en su desarrollo y truculenta en su origen, que no viene a cuento ahora. Pero dado que aquí hemos roto lanzas por el ensayo, el centauro de los géneros (y dado que Quirón fue un político y un luchador, amén de un sabio y un artista), me permito metaforizar este empeño apologético llamándolo “Centauromaquia”.